

A PROPÓSITO DEL MEJOR SENDER

Ramón J. Sender, *El lugar de un hombre*, edición y prólogo de Donatella Pini, Zaragoza, Contraseña, 2024, 280 páginas.

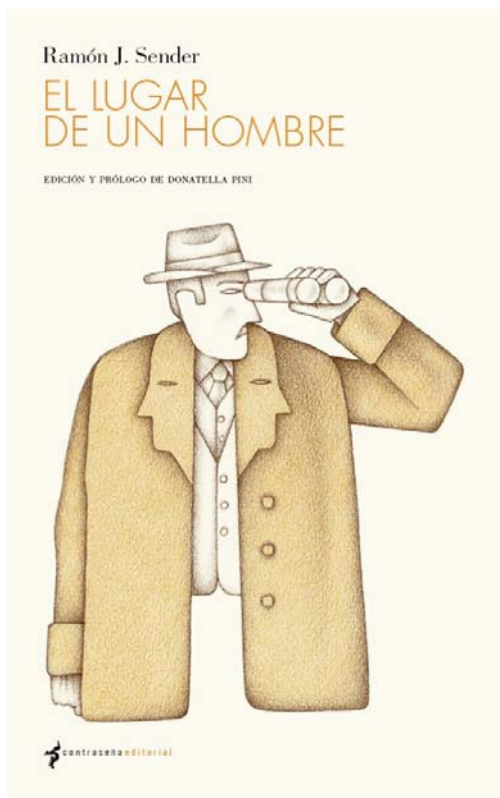
José Domingo DUEÑAS LORENTE*
Universidad de Zaragoza

La editorial Contraseña incorpora un nuevo título de Ramón J. Sender a su catálogo, y ya es el quinto. Antes había publicado *El bandido adolescente* (2014), con prólogo de Fernando Savater; *Contraataque* (2016), introducido por Alberto Sabio; *Míster Witt en el Cantón* (2020), con estudio de José Domingo Dueñas, y *El Verbo se hizo sexo: Teresa de Jesús* (2022), con prólogo de la escritora Cristina Morales.

En cartera tienen los responsables de Contraseña otras obras del autor de Chalamera. La editorial comenzó su andadura en 2010 con el propósito de facilitar al lector libros inéditos de autores de relevancia en otros idiomas y de recuperar títulos de mérito aparecidos en español hace tiempo. Contraseña pretende, pues, ampliar y completar otros catálogos que se abastecen de lo nuevo. Edith Wharton, Irene Vallejo, Dorothy Baker, Joyce Carol Oates y Brigitte Giraud son, junto a Sender, los autores más reincidentes en la editorial. Los editores de Contraseña cotejan meticulosamente las diferentes versiones de un título si las hay, contratan sus propias traducciones cuando es necesario y cuentan siempre con un estudio introductorio. También la imagen de portada se encarga expresamente. Con todo, la editorial aragonesa ha logrado una identidad reconocible en la que prevalecen el respeto a los textos y el cuidado del libro en todos los aspectos.

De Sender ha rescatado obras señeras, pero también otras un tanto olvidadas o consideradas menos relevantes; todas, en cualquier caso, meritorias y representativas

* Director del Área de Lengua y Literatura del IEA. jduenas@unizar.es



de un autor tan heterogéneo y prolífico como el de Chalamera. *El lugar de un hombre* es, sin duda, uno de sus títulos capitales, aunque seguramente ya no de los más leídos. Hasta hace unos años se fomentaba su lectura en institutos y universidades. Actualmente, en unos tiempos en los que la lectura por mero gusto no atraviesa sus mejores momentos, el profesorado busca obras que se suponen más cercanas a las apetencias de los estudiantes. En cualquier caso, en *El lugar de un hombre*, aparentemente tan alejado de nuestra época, se reconocen hoy las cualidades de un clásico.

En sus *Conversaciones* (1969) con Marcelino C. Peñuelas decía Sender que esta novela «es simplemente un alegato en favor del sentido universal de la presencia del hombre, por el hecho de ser hombre, por el simple hecho de haber nacido». Ahí mismo confesaba que en el libro ligaba dos hechos distintos que había conocido en su adolescencia y su juventud: la huida al monte de un campesino aragonés, que incluso —aventuraba Sender— podía ser pariente suyo, fugado porque su vida en el pueblo había llegado al límite de su capacidad de resistencia —en la novela, Sabino—, y un error judicial que se descubrió en la provincia de Cuenca en 1926, un acontecimiento que se conoció en su día como *el caso del muerto resucitado*, más tarde como *el crimen de Cuenca*, y que Sender cubrió con gran determinación como periodista de *El Sol*.

Donatella Pini, prologuista de la edición que comentamos, gran estudiosa del autor aragonés, ha dedicado a esta obra valiosos y clarificadores trabajos; incluso firmó ya hace unos años una modélica edición crítica (Huesca, IEA / Destino, 1998). A juicio de Pini, el libro es consecuencia de un largo proceso de elaboración y refleja bien el sufrimiento de quienes resultan apartados de una comunidad por las razones que sean, pero también, de manera emblemática y figurada, trasluce la trayectoria del propio autor en busca de un lugar propicio en el mundo. Antes de 1939, fecha de la primera edición de la novela, Ramón J. Sender (1901-1982) se había alejado del anarquismo (1932-1933) —con cuyas pautas ideológicas se había formado y se reconocía—, se había aproximado a las filas comunistas pensando que esa opción ofrecía más garantías de lograr la transformación social anhelada, había roto de manera traumática con el comunismo soviético durante la Guerra Civil y, ya al margen de los grupos dominantes, padecía la postración política y el aislamiento personal en el exilio. De ello se lamentó a menudo en cartas, artículos y declaraciones públicas.

Tras pasar por Nueva York, donde dejó a sus hijos Ramón (1934) y Andrea (1936-2022) a cargo de Julia Davis, Sender, que no tenía visado para quedarse en los Estados Unidos, se instaló en México D. F., donde fundó la editorial Quetzal, y ya en 1939 publicó con ese sello dos libros suyos: *Proverbio de la muerte*, convertido en *La esfera* en 1947, y *El lugar del hombre*, cuya versión definitiva se titularía *El lugar de un hombre* (1958), editado también en México por la CNT, circunstancia esta última bien relevante a la hora de entender tanto la trayectoria del autor como el sentido general del libro.

Sender, un escritor de reconocida fidelidad a sus orígenes intelectuales y afectivos, demostró al mismo tiempo y desde muy temprano una rara sensibilidad para vincularse de manera natural con las atmósferas y las corrientes internacionales de cada periodo. Así, tras la quiebra de su compromiso político como militante libertario primero y como compañero de viaje después, defendió pronto un «humanismo revolucionario» que consistía en esencia en la defensa radical del ser humano desde premisas éticas, acordes, a su modo, con el existencialismo de la época. En ese contexto, *El lugar de un hombre* (1939, 1958) comparte no pocos rasgos con obras de aquellos años como *Tierra de hombres* (1939), de Antoine de Saint-Exupéry; *El cero y el infinito* (1940), de Arthur Koestler; *El extranjero* (1942), de Albert Camus, o incluso *Rebelión en la granja* (1945), de George Orwell. En todas ellas se indaga sin cortapisas en parcelas oscuras de la condición humana, pero desde la premisa innegociable de apreciar la vida como valor supremo. En dos de los títulos citados —*El cero y el infinito* y *Rebelión en la granja*— se denuncia además el comunismo soviético como revolución fallida, contraria en lo sustancial a los principios sagrados del individuo.

Según la interpretación de Donatella Pini, también en *El lugar de un hombre* cabe rastrear los desacuerdos de Sender con el comunismo a partir de la Guerra Civil. Como es sabido, la actuación soviética en España provocó un amplio desencanto de militantes y compañeros de viaje con la causa comunista. Poco después, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Stalin y la Unión Soviética recobraron cierto

prestigio internacional por su contribución decisiva a la derrota del nazismo, aunque pronto la Guerra Fría recrudecería de nuevo la pugna de fondo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Buena muestra de ello fue la denominada *caza de brujas*, promovida por el senador Joseph McCarthy en los primeros años de la década de los cincuenta. De ese periodo datan precisamente las declaraciones más anticomunistas de Sender, nacidas sin duda con el ánimo de evitar posibles represalias. Tras la muerte de Stalin, en marzo de 1953, el escritor se decidió a colaborar en cabeceras anarquistas del exilio. Y cuando Nikita Jrushchov, que ocupó el poder en la Unión Soviética entre 1953 y 1964, intentó llevar a cabo la desestalinización del régimen, que finalmente sería efímera y superficial, Sender quiso visitar el país de los sóviets como muestra de apoyo a la política aperturista del líder. Sabemos por su correspondencia con Joaquín Maurín que no logró el visado, de modo que no pudo repetir su bien conocido viaje de 1933. No faltaron, pues, en la biografía del escritor episodios que lo incitaron a repensar la relación entre el individuo y el poder, entre la persona y el grupo del que forma parte.

A partir de los presupuestos de la mitocrítica de Gilbert Durand, entre otros, Donatella Pini percibe en la obra de Sender el relato de la víctima propiciatoria, del chivo expiatorio, que atraviesa sucesivos episodios de exclusión e inclusión con respecto al grupo. Se trata, sin duda, de un mito o símbolo que se ha reproducido a lo largo de los siglos en culturas y momentos dispares y que, por lo mismo, ocupa un lugar preeminente en el subconsciente colectivo. En el caso de Sender, su rastro se percibe en otros títulos, como *El verdugo afable* (1952), *Los laureles de Anselmo* (1958), *El fugitivo* (1972), *Ramú y los animales propicios* (1980) o el contundente relato «El regreso de Edelmiro» (1969). Apunta, además, Pini que Sender en *El lugar de un hombre* bien pudo inspirarse en *La vida es sueño* de Calderón de la Barca, obra que interpretó siendo niño y que glosó a menudo, también en *El difunto Matías Pascal* (1904), de Luigi Pirandello, o en *El cadáver viviente* (1911), de León Tolstói.

Sender, en cualquier caso, proporcionó al relato su bien conocida impronta, impregnó la narración de su mundo propio. Por algo se desenvuelve la historia en Aragón y en el ámbito rural, que tanta huella le había dejado en su infancia; por algo el paisaje, cortado a la medida de los protagonistas, corresponde en lo fundamental al de Alcolea de Cinca, la localidad de donde procedía la familia del escritor y donde él mismo pasó importantes años de su niñez, un entorno social y afectivo que asoma también en *Réquiem por un campesino español*. Tras el narrador adolescente que cuenta la historia se intuye el propio escritor, como él mismo se lo confesaba a Marcelino C. Peñuelas. Y no es un mérito menor que el tono y la proximidad de la voz narrativa se acomoden a los distintos episodios sin quebrar la coherencia del conjunto. El adolescente que refiere con cierta jovialidad la inicial partida de caza que salió en busca del *monstruo* cuenta más tarde desde otros presupuestos el infierno de torturas y humillaciones que padecieron Juan y Vicente, acusados de un crimen que no había existido, o la difícil recomposición social y política de las distintas

poblaciones que resultaron alteradas por el regreso de Sabino. Cabe pensar que el lector aprecia la progresiva madurez del narrador conforme avanza la secuencia del relato. Tampoco es un detalle menor en el universo senderiano el de concentrar la sabiduría popular en el abuelo del adolescente. En numerosos lugares Sender enalteció, en efecto, la figura de su abuelo paterno como dechado de bonhomía y de discernimiento natural. En *El lugar de un hombre* es finalmente el abuelo quien formula la verdadera enseñanza que dejan los acontecimientos: «Por lo demás cada hombre, hasta el más miserable, ocupa un lugar en el mundo y ahora se está viendo» (p. 222).

Completa la edición que comentamos la incorporación a modo de anexo del reportaje que Ramón J. Sender firmó en las páginas de *El Sol* en marzo de 1926 sobre la reaparición de José María Grimaldos, *el muerto resucitado*. Mientras tanto, dos vecinos de una localidad próxima a la suya, Gregorio Valero y León Sánchez, habían pagado con doce años de cárcel por un crimen que no había existido. De por qué confesaron su culpa dos inocentes nada podía decir Sender en 1926, pero sí quiso recordar los acontecimientos con plena franqueza diez años después en un artículo publicado en *La Libertad*.

Los textos periodísticos que se recogen en esta edición a modo de anexo ilustran el marco histórico de la narración y aportan valiosos detalles del proceso creador del escritor.